

LABERINTOS
(TEATRO PARA PÚBLICO JOVEN)



VIRGINIA HERNÁNDEZ

Virginia Hernández* (Ixtapa, Nayarit). Dramaturga. Egresada de la licenciatura en Literatura Dramática y Teatro de la FFyL-UNAM; socióloga y maestra en Ciencias Sociales por la UABC. Sus textos han sido editados y estudiados en México, Estados Unidos, Italia, España, Cuba y Argentina y representados en diversos festivales nacionales e internacionales.

Su obra *Border Santo* obtiene mención especial en el Premio María Teresa León 2000 para dramaturgas iberoamericanas de España; forma parte de la *Antología de teatro latinoamericano (1950-2007)*, tomo II, editada por la Universidad de Buenos Aires. Su obra *Ilegala* representa a México en 2014 en el Accidental Festival de Inglaterra; participa en el V Festival Internacional de Monólogos realizado en República Dominicana, en 2015.

Es nominada al Premio Mejor Dramaturgia por la Asociación de Cronistas de Espectáculos de Nueva York (ACE, 2016), y participa en el Congreso Internacional de Investigación Teatral de la AMIT, Ciudad Juárez. En el ámbito nacional, recibe el Premio Nacional de Teatro Infantil y Juvenil (Jalisco, 2005) por *¿A qué jugamos?*, y el Premio Estatal de Literatura de Baja California por *Teatro breve para párvulos* (2014). En 2018 recibe el Premio al Creador Emérito de Baja California.

* Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

© María Virginia Hernández López
Registrada en Indautor

Los interesados en solicitar autorizaciones para el montaje de esta obra pueden contactar directamente a la autora en: dramaillegal@gmail.com

PERSONAJES

MINOS

HÉCATE

ÍO

ARGOS

ÍCARO

ECOS DEL LABERINTO*

_____ I. ENTRADA AL LABERINTO _____

Una encrucijada. HÉCATE teje. MINOS baja por la alcantarilla.

HÉCATE: Larín, larón, larito, ¡caray qué lío!... que el ladrón baja por un caminito y se acerca despacito. Larín, larón, larito... ¿Cuál ladrón?, ¿dónde?

MINOS: ¡Eh, oiga!

HÉCATE: Oigo, sí. ¿Quién dijo eso?, ¡caray qué lío!

MINOS: ¡Oiga!

HÉCATE: Oigo, pero como si no oyera. Así que puedes decir lo que quieras. ¿Eres ladrón?

MINOS: No.

HÉCATE: Ten cuidado, ten cuidado, que hay ladrones. ¿Sabes lo que hacen? Roban. ¡Caray qué lío! Se ha formado un nudo. Ayúdame.

MINOS: ¿Qué me daría a cambio?

HÉCATE: ¡Descarado! No ayudar a una pobre mujer con su madeja. ¡Eres ladrón y embustero!

* Voces extraídas del libro: *Teatro breve para párvulos*, de Virginia Hernández, Premio Estatal de Literatura, 2014 (Dramaturgia para Niños).



MINOS: He llegado hasta aquí, de modo que puedo reclamar lo prometido.

HÉCATE: ¿Qué reclamar? ¿Cuál prometido?

MINOS: Llegar hasta aquí, desatar el nudo, atravesar el laberinto y luego...

HÉCATE: Ven, acércate, que te vea. ¡Ay, si eres un chiquito, inocentito! No has de tener ni un pelo en la cara... aunque pudiera ser que exista alguna pelusilla por ahí... muéstrale a esta vieja tu lugar privado. Veamos, o mejor dicho toquemos. (*Tentalea a MINOS.*)

MINOS: (*Se retira.*) ¡Oiga!

HÉCATE: Oigo, pero como si no oyera.

MINOS: ¡Lo prometido!

HÉCATE: ¡Vaya que tienes bríos!, y eso hay que reconocerlo. De modo que quieres entrar al laberinto, qué aburrido. Allí adentro no hay nada, nada. Mejor ven a mis brazos chiquito de tu madre, te criaré como a un hijo, te haré una mantilla para cobijarte, te amantaré como a un recién nacido, ven. Mira, tócame aquí. ¿Ves?, están plenas de leche, anda, que chorrean, se desbordan. (*Aprisiona a MINOS contra su cuerpo, él se separa.*)

MINOS: ¡Qué asco!, ¡quiero la dirección correcta!

HÉCATE: Uy, qué delicadeza. (*Ríe.*) Deshaz el nudo y luego hablemos.

MINOS: (*Toma el hilo e intenta deshacer el nudo.*) Pero luego me dirá cuál es el camino.

HÉCATE: Eso depende.

MINOS: ¿De qué? Mucho lío con esta hebra, es más fácil romperla.

HÉCATE: ¡Rompe el hilo y se acabó! Así de fácil, niño tonto. ¿Hasta aquí quieres llegar?, córtalo entonces. (*Le ofrece la tijera.*)

MINOS: ¡Tramposa!

HÉCATE: (*Divertida.*) Trampa, trampolín, trampero, tienes ojos de lavadero.

MINOS: (*Grita hacia uno de los caminos.*) ¡Eh!, ¿hay alguien ahí?

HÉCATE: ¿Hay alguien ahí?, ¿eh?

Eco: No hay nadie.

MINOS: Está por este lado.



HÉCATE: No, creo que por el otro.

MINOS: Yo lo escuché bien claro por acá.

HÉCATE: Esto es un nudo ciego. Mejor será cortarlo.

MINOS: ¡Deje! (*Reintenta deshacer el nudo.*) No me va a engañar. Si se corta, termina el viaje, lo dijo.

HÉCATE: ¿Yo?, ¿qué dije?, ¿cuándo?

MINOS: ¡No me emborruque!

HÉCATE: ¡Ladrón, ladronzuelo! Devuélveme el tejido. (*Dando voces.*) ¡A mí, que me roban!, ¡a mí, que me hurtan!

MINOS: ¡Ya, cállese! Ahí está su hilo.

HÉCATE: (*Reanuda la labor.*) ¡Robarme a mí que soy como su propia madre que los cuida, que los quiere, que los alimenta! ¡Ladrones!, ¡todos son ladrones!, sin barbas, pero ladrones.

MINOS: Ya está, cállese de una vez. ¿Ahora por dónde?

HÉCATE: ¿Por dónde qué?

MINOS: Por dónde le sigo.

HÉCATE: Ah, pues... no sé.

Sale un niño de debajo de la falda de HÉCATE. Somnoliento, se sube a su regazo y se amamanta. Luego otro y otro, que pelean por la ubre. HÉCATE los deja hacer sin descuidar el tejido y reanuda el estribillo: "Larín, larón, larito...". Ío se asoma desde uno de los túneles, observa la escena y ríe burlesca.

Ío: ¡Eh!

MINOS: ¿Quién es?

Ío: ¡Shit! No grites, que la vieja tiene oídos de tísico. ¡Vente! (*Entran al laberinto.*)

HÉCATE: ¡Oigo!, pero como si no oyera. Larín, larón, larito...

II. EL VIAJE DE MINOS

Ío y MINOS recostados sobre un bulto de periódicos.

MINOS: ¿Y los otros?

Ío: Por ahí andan.



MINOS: Cómo no te pierdes con tanto recoveco.

Ío: Ya me los conozco todos.

MINOS: Se está bien aquí.

Ío: Es cómodo, sí.

Eco: ¡Eh!, ¡aquí estamos, aquí estamos!

MINOS: ¿Quién grita?

Ío: Nadie. Es el viento.

MINOS: Pero si lo oí clarito; dijo que allí estaban.

Ío: Te digo que no es nada.

Eco: ¿La ves, la sientes, la intuyes?

MINOS: (*Grita.*) ¿Quién anda ahí?

Eco: ¡La noche!

Ío: Te dije. Es la noche con sus gritos. Vienen de arriba, de la superficie, los trae el viento que se cuele por las alcantarillas o la lluvia que se derrama por los túneles. Son las cloacas. Aquí termina el mundo y todo lo que hay en él.

MINOS: ¿Y esa vieja?

Ío: ¿Hécate? Es cuate.

MINOS: Está bien loca.

Ío: Espérate a conocerla. Hasta te va a gustar.

MINOS: ¡Paso!

Ío: Tú, tranquilo.

MINOS: ¿Qué es eso?

Ío: ¡Hijos! A ésa le he traído ganas desde hace rato.

MINOS: ¿Es un gato?

Ío: Qué gato, rata, y de las más gordas, ¡córrele, que se nos escapa!

MINOS: ¡Espérame! ¡Ío!

Ío: Se volvió a escabullir. Ni modo, ahí para la otra. (*Saca una bolsa de papel e inhala profundamente, luego se la ofrece a MINOS.*)

Ío: ¡Chido!

MINOS: ¡Chido!

Ío: ¡Chévere!

MINOS: ¡Chido!

Ío: ¡Bárbaro!

MINOS: ¡Cool!



Ríen desenfrenadamente

MINOS: ¿Adónde van todos esos túneles?

Ío: A todas partes. Luego te enseño dónde está el verdadero refugio.

MINOS: ¿Cuántos hay aquí?

Eco: ¿Cuántos llevas?

Ío: ¡Uta!, ni sé. Como mil o tres mil.

Eco: ¡Vuelve a empezar!

MINOS: No te creo. ¿Dónde están?

Ío: Chambeando, unos. Otros, viajando.

Eco: Un día fui al mar.

MINOS: Se siente bien.

Ío: ¿Qué?

MINOS: Viajar.

Ío: Ajá.

Eco: ¿Vivir cansa?

Ío: A veces...

Eco: ¡Cuidado, detrás de ti!

MINOS: ¿Qué? *(Se levanta de un salto.)* ¡Allí está la ratota!, ¡juta, parece perro!

Ío: Nomás me cuca, ¡órale, Toncha!, ¿viste cómo brincó la loca?

MINOS: No nos vaya a morder.

Ío: No, cómo crees. Cuando estoy dormida, viene y se me acurruca la descarada. Quiere que le sirva de nido. Trae cría. Se me acomoda aquí, en las verijas y roe y roe, ¡condenada Toncha!, nomás me caliente y luego ni me cumple el gusto.

MINOS: ¡Guácala, con una rata! Estás bien enferma tú, Ío.

Ío: ¡Menso!, ¿te la creíste? *(Ríe.)* Ven, baila conmigo. *(Divertida.)* Hace cien años que no bailo. *(Toma a MINOS por la cintura, lo hace bailar, giran y ríen, parece que se elevan, luego caen.)*

Eco: Te dije que no era una estrella, ¡es un pez con alas!

MINOS: ¡Uta, qué alucine!

Eco: Eres una rebanada de sandía, como una carcajada.

ARGOS: ¡Ío!

Ío: ¡Ay, otra vez! *(Con una voz que se multiplica por entre los*



túneles.) ¡AQUÍ ESTOY! (A MINOS.) ¡Este vejete! Es una bestia, peor que el tábano. Nomás siente que me divierto y aparece... un día de éstos me voy a largar, bien lejos.

ARGOS: (Entra buscando el origen de la voz. Está borracho.) ¡Deja de decir tonterías! (La ubica, la levanta como una pluma.) ¿Tengo que venir a buscarte cada vez?

ÍO: (Se saca unos billetes del seno, se los da.) Aquí está lo de cuatro.

ARGOS: (Mientras palpa los billetes.) Eres una floja, desobligada, eso es lo que eres. (Olfatea al aire, se acerca a MINOS.) ¿Y éste?, ¿quién es?

ÍO: Un amigo. Viene a verte.

ARGOS: (Lo observa muy de cerca, lo mira con recelo.) Carne fresca es lo que quiero; carne fresca, Ío. Eso es lo que se vende.

MINOS: ¿Qué?

ÍO: Pero es joven, bonito. Puede valer... algo.

MINOS: Oye, Ío...

ARGOS: (Levanta en vilo a MINOS.) Con nadie más, ¿oíste? Si me entero que haces negocios aparte... Instrúyelo tú, Ío; y luego me lo llevas para fijarle la zona. Y deja de correr por el laberinto, estoy cansado de vigilar cada uno de tus pasos. (Sale dando traspiés.)

ÍO: Le caíste bien, ¿viste qué fácil fue entrarle?

MINOS: ¿Oye, pero de qué se trata?

ÍO: ¡Ándale, allí va la Toncha otra vez! (Ío sale corriendo y desaparece por entre los túneles.)

MINOS: Espérame, ¡Ío, Ío! (Va tras ella.)

III. LAS ALAS DE ÍCARO

Un despeñadero. ÍCARO confecciona unas alas con papel periódico.

ÍCARO: Subí a los cielos y conocí a Dios. Allí estaba Él, apoltronado en su trono de luz resplandeciente. Me miró y no lo creyó. Lo miré a los ojos y frunció el ceño, nos miramos frente a frente y no lo toleré. Viejo, más viejo que el mismo tiempo, arrugado como una uva pasa. Desencajado por la sorpresa, no hizo ninguna pregunta, no sintió curiosidad. Yo estaba allí, había logrado lo que nadie:



salir del laberinto, alzarme hasta las alturas, burlar a la bestia devoradora de hombres. Yo, Ícaro, había logrado traspasar los límites entre el cielo y la tierra dejando atrás la escoria humana y Él, que no pudo soportar mi grandeza. El gesto fue rotundo: abrió la boca y escupió bolas de fuego, me abrasó con su aliento igual que a un mosquito enamorado de la luz. Ésa es la más grande infamia que se puede cometer.

MINOS: (*Entra corriendo.*) ¡Ío!, ¿dónde te metiste?, ¡Ío!

ÍCARO: (*Sin descuidar su labor.*) ¿Buscas a Ío? Hace poco que pasó por aquí. Esa pequeña zorra. Es un remolino. Todavía resuena su voz de eco por entre los túneles. Es lunática, persigue ratas; en eso se entretiene.

MINOS: Sí, iba detrás de una. Tinchá o Tonchá, le dice, pero le perdí el rastro.

ÍCARO: Ni te esfuerces, ni la busques. Si ella quiere se dejará ver.

MINOS: Es que me iba a mostrar el laberinto.

ÍCARO: ¡Esa vaca!... Tramposa... También come moscas, le gustan verdes y gordas, dice que la muerden y le chupan la sangre, por eso se las traga. Es una tonta.

MINOS: Bonitas.

ÍCARO: ¿Las moscas? Son como Ío, revoltosas, seductoras y graciosas, ¡y ah, cómo vuelan!; tienen la batida de alas más rápida. Fascinantes. No hay comparación, sólo con Ío cuando quiere escaparse de Argos. Corre tan rápido que a veces juraría que vuela, que de sus pies surgen alas. Cuando baila, se eleva y danza por los aires, no toca el piso, eso y su voz de eco es lo que enamora... a Argos... eso lo enamora, vive enamorado. Ese monstruo feo, lento y perezoso que no ve más allá de sus narices, pero sabe muy bien esconder el alcohol. ¡Borracho estúpido! Ni una sola gota me comparte.

MINOS: A ese también lo conocí.

ÍCARO: No te fíes, es traicionero. Cuídate de molestarlo. Sólo Ío se atreve, porque es rápida y se burla y lo hace rabiar. No sé para qué lo soporta si ella puede desaparecer en un segundo, en un batir de alas... Sí, son bonitas las moscas.

MINOS: Yo hablaba de las alas, las que estás haciendo.



ÍCARO: ¡Ah! ¿Te lo parecen? Y espérate a que las pruebe, serán majestuosas.

MINOS: ¿Piensas volar con ellas?

ÍCARO: Te sorprenderás.

MINOS: Pero son...

ÍCARO: ¡Perfectas!

MINOS: De papel. No sirven para volar. Te matarías.

ÍCARO: (*Furioso.*) ¿Quién eres tú?, ¿qué haces aquí?, eres un fisgón, ¡de seguro fue Él, que te mandó a espiar!, ¡vete!, ¡vete, dije! ¡Hasta dónde llegan los celos! Envidia, eso es lo que tienes.

MINOS sale por uno de los túneles.

IV. EL SECRETO DEL LABERINTO

ARGOS bebe. MINOS llega, lo mira e intenta marcharse, pero la voz de ARGOS lo detiene.

ARGOS: ¿Y bien?

MINOS: Buscaba algo, pero ya se me olvidó. Oiga, ya me cansé de dar vueltas, prefiero regresar.

ARGOS: ¿Qué te detiene?

Eco: ¡Sal a la calle!, ¡aúlla entre los escombros!, ¡diviértete!

MINOS: Lo que le digo, camino y camino y creo que avanzo, pero luego llego a donde mismo. Conocí a un morro que cree que va a volar... Hace unas alas de papel bien chidas. Están perronas sus alitas.

ARGOS: ¿Ah sí?, ¿qué te dijo?

MINOS: A mí nada. Dijo algo sobre el fuego y que le disparaban... Yo creo que se quedó arriba porque dijo que vio a Dios. Luego Ío, que anda cazando ratas. ¡Qué loca!, ya la busqué hasta por debajo de las piedras, pero no la encuentro. Luego esa vieja que está a la entrada de los túneles con su nudo y que si lo rompo, todo se va a acabar... ¡qué mareo! Usted se ve que es buena persona, a lo mejor podría hacerme el paro porque ya me quiero ir.

ARGOS: ¡Ese torpe de Ícaro! La última vez llegó todo carbonizado.



(*Ríe.*) ¡Buena la hizo! (*Le ofrece una botella con alcohol. MINOS bebe, tose, escupe. ARGOS suelta la carcajada.*) Eso debió haber hecho, escupir la gasolina. Pero no, se atragantó y al acercar la antorcha se prendió fuego él mismo.

Ío: Le prendieron fuego, que es diferente.

MINOS: ¡Hasta que llegaste! Te estuve buscando.

ARGOS: Eso dijo.

Ío: Era la verdad.

MINOS: Me duele el estómago, ¿qué me dieron?

Ío: Lo agarraron en bola.

Eco: Nadie hace nada que no quiera.

ARGOS: ¡Eso dijo!

Ío: Lo golpearon hasta destrozarle la cara, las costillas, la quijada.

ARGOS: ¡Inventos!

Eco: Los cristales tronaron como el quejido de una ballena herida.

MINOS: ¡Quieren callarse! Siento que me explota la cabeza.

Eco: ¡A ti nada te importa, nada te conmueve!

Ío: Luego le rasgaron sus ropas y lo penetraron, uno tras otro hasta que se cansaron.

ARGOS: ¡Boberías!

Ío: Lo llevaron hasta el puente, les prendieron fuego a sus alas, sus hermosas alas de ángel.

MINOS: ¡Ya!

Ío: Y lo arrojaron al vacío.

ARGOS: ¡¿Te callarás alguna vez?!

Ío: ¡Nunca!

MINOS convulsiona, cae al suelo, su cuerpo se agita. Ío lo abraza, le frota los brazos, la cabeza, las piernas. MINOS se calma poco a poco. ARGOS sale en silencio.



V. LA NOCHE Y SUS ECOS

En la encrucijada. HÉCATE continúa desenredando la madeja mientras dormita. Los niños se le acurrucan, no paran de moverse para encontrar el mejor acomodo. Lo hacen de manera intermitente.

HÉCATE: Malo, muy malo. Un lío muy malo...

ECOS: —Chillabas como rata atrapada, claro que sí.

—No tienes corazón.

—¿Quieres otro golpe?, ¿quieres?

HÉCATE: ¡Qué boruca!, ¡dejen de escandalizar!, perdí la punta de nuevo.

Eco: ¿Por qué no contestas?, ¿te comió la lengua el ratón?, ¿quieres que traiga las tijeras y te corte esa linda coleta?

HÉCATE: ¡Cortar, cortar!, ¿sólo eso se les ocurre?

ECOS: —¡Sube de una vez!

—¡Es la última vez que te lo digo!: ¡regrésate!

—¿Qué más ocultas bajo la manga?

HÉCATE: ¡A callar! ¡A dormir! ¡A soñar!

ECOS: —Una noche soñé que volaba alto, tan alto, que llegaba hasta las nubes...

—Allí empezó la pesadilla.

HÉCATE: Así está mejor. Ya está en lo alto Titán, Saturno duerme y libera a los gemelos de la oscuridad: Hipnos, soporífero, aplica al músculo el rigor del sueño, mientras Tánatos, hambriento, vendrá a escudriñar una vez más, y una vez más se irá con las manos vacías. (*Grita al vacío.*) ¡Aquí la muerte siempre es violenta!, lo sabes muy bien, pero eres estúpido y loco. (*Regresa a su cavilación.*) Quiere imponerse al tiempo, al destino... ¡A mí! ¡Habrase visto tal desacato! (*Dormita un momento luego.*) Y ese chico, amigo de Ío, ¡vaya con el muchachito que no se muerde la lengua! Pero estate tranquila, Hécate, mientras no se atreva, no hay apuro. (*Reanuda su labor.*) Le haré un bonito brocado a su hebra. (*Ríe.*) Ya veremos qué cara pone cuando se levante. ¡Caray qué enredo con este nudo! Larín, larón, larito... (*Olfatea.*) Argos duerme. Malo, malo. Ya casi están



por cumplirse otros mil años desde la última vez que la dejó escapar y el ciclo se repite... Pero qué mente tan retorcida tienen algunos...

_____ VI. EL SUEÑO DE ARGOS _____

ARGOS está recostado sobre el regazo de Ío, ésta le canta. Entona la melodía con una voz dulcísima.

ARGOS: Era necesario, lo sabes bien, ¿no es cierto?... ¿Cuánto hace que dejé estas costas? Cientos, miles de años... Apenas recordaba este mar verde esmeralda; y estas playas de arena, blanca y fina...

MINOS llega, observa la escena. Se ve atontado, como si hubiera dormido por mucho tiempo.

MINOS: ¿Qué haces?

Ío: ¡Sht!

ARGOS: (*En el sueño.*) ¡Déjenme en paz! No fui yo... era un castigo necesario... rompió las reglas, él lo sabía. Nadie puede desafiar al destino y salir impune, tú lo sabes... (*Chilla.*) Nunca mandé a que rompieran sus alas, fue... algo que sucedió, sólo sucedió... Tú me comprendes. Eres la única, mi pequeña Ío. Mi esclava, mi dueña, mi furia, mi alegría. Víctima y verdugo al mismo tiempo... (*Ío reanuda el canto.*) ¡Ah! Cómo canta la sirena, ¿la escuchas?

ECOS: —¿Ves a la sirena?

—Sí, está bailando, como dijiste.

—Ahora sí me voy.

ARGOS: No, no te vayas, quédate un poco más ¡Qué manía de hacerme recordar lo que no quiero! Déjame disfrutar un poco más; espanta el insomnio con tu voz de ninfa. ¡Quiero dormir, soñar! Hace tanto que no duermo, pero he de vigilar, me he quedado ciego y aún así he de vigilar... vigilar...

Ío: Ahora sí.

MINOS: ¿Qué le pasa?

Ío: Está soñando. Ya vete que puede despertar.

MINOS: ¿Pero hacia dónde?



Ío: Uf, qué lata. ¡Lejos!, toma cualquier camino.

MINOS: Vámonos juntos.

Ío: Estás loco. Hasta ahora te he protegido, pero no puedo estar siempre al pendiente. ¡Ya vete!

MINOS: Eso le dijiste a Ícaro, ¿verdad?

Ío: Tú qué sabes. ¿Qué?

MINOS: Dormiste al monstruo. Le diste unas pobres alas de papel y le animaste a salir, a huir, y él se lo creyó todo. ¡Le llenaste la cabeza de ideas tontas, de promesas de libertad! ¿Cuál de los dos es peor?

Ío: ¿Crees que no lo sé? Fue mi culpa, quise huir también, pero Argos despertó y con él se desató la furia. No pude hacer nada. Lo destrozaron. Destrozaron sus bellas alas de ángel... Me aterroricé, no pude moverme, me paralicé de miedo. Sólo me quedó mirar, como se ven los toros desde la barrera. Tuve miedo, ¿eso querías que te dijera?, ya lo dije. ¿Qué quieres ahora?

MINOS: Somos cuates, ¿qué, no? Me prometiste que...

Ío: Ya tuviste tu aventura, ya probaste lo prohibido. Tú lo querías, ¿o por qué aceptaste? Esto no es un juego y tú lo sabías. Tomaste tu decisión, ¿te gustó?, quédate; ¿te dio miedo?, ¡lárgate!, pero no vengas a chillarme.

Eco: Un poco de polvo rosa para borrarle esa lágrima.

Ío: ¡¿Qué quieres ahora?!

MINOS: ¡Qué fácil!

Ío: ¡Te pregunto!

MINOS: ¡Nada, ya nada! (*Sale.*)

_____ VII. LA DECISIÓN DE MINOS _____

En la encrucijada. HÉCATE, luego MINOS.

HÉCATE: Larín, larón, larito, ¡caray, qué lío!... que el ladrón viene por un caminito y se acerca despacito. Larín, larón, larito...

MINOS: ¡Eh, oiga!

HÉCATE: Oigo, pero como si no oyera. ¿Eres el ladrón? ¿Ya te vas o ya volviste? ¡Caray, qué lío!



MINOS: Ya me voy.

HÉCATE: ¿Tan pronto?, si ni siquiera me has ayudado a deshacer el nudo.

MINOS: Ya lo hice.

HÉCATE: Pero eso fue hace siglos, éste es otro.

MINOS: No me interesa, córtelo si quiere.

HÉCATE: ¿Eso quieres?, ¿de verdad?

MINOS: Por mí...

HÉCATE: *(Le ofrece la tijera.)* Córtalo tú.

MINOS: *(Toma la tijera y corta el hilo.)* ¡Ya está!

HÉCATE: *(Se deshace en gritos de dolor. Los niños lloran, se pelean, se pierden por entre los túneles.)* ¡A mí, que me cortan!, ¡a mí, que me desgarran! ¡Que me matan!

MINOS: Usted lo quiso, ¿no? ¡Ahora se aguanta! *(Corta frenéticamente el tejido de HÉCATE, y tira las tijeras, luego sube por la escalerilla.)*

VOZ DE ÍO: ¡Detente, es una trampa, baja de ahí!

ECO: Es la última vez que te lo digo, ¡regrésate!

MINOS titubea, da un paso más hacia la superficie. Una luz brillantísima se perfila por el hueco de la alcantarilla seguida de un ruido estruendoso. Se detiene.

_____ VIII. EL VUELO DE ÍCARO _____

La ciudad está en llamas. ÍCARO con sus alas de papel, en lo alto de un edificio. Ío lo observa desde la acera.

ÍO: ¡Baja, te digo! Ésas no son alas de verdad, son de papel, se rompen. *(Despedaza los periódicos.)* Mira, no sirven, no puedes volar.

ÍCARO: *(Mientras se calza las alas.)* La ciudad se muere; se nos cae a pedazos, ladrillo a ladrillo. Los niños no salen a las calles. Ya no se oyen sus cantos y sus juegos; se fueron al vertedero con la lluvia. Ya nadie duerme. El pacífico sueño se esfumó y dio paso al miedo, a la angustia, a la pesadilla, ¿dónde se agazapan los ladrones?, ¿dónde se esconden los asesinos?, ¿dónde se ocultan los sicarios?, ¡habría que romperles el alma!



MINOS: ¡Baja de ahí, Ícaro!, ¡los superhéroes no existen, son un fraude!, ¡cuentos para adormecer, mitos legendarios para impresionar!

ÍO: ¡No me dejes!

ÍCARO: ¡Yo soy Ícaro, he venido a conocer el otro reino, el de las sombras, el de los muertos!, ¿quién viene conmigo?, ¿quién se atreve? (*Se lanza al vacío. Vuela.*) ¡Estoy volando! (*Divertido.*) Me impulso, planeo, hago cabriolas en el aire. ¡Mírame, Ío!, ¡ya estoy cerca de ti, ya asciendo, ya voy llegando!... A cada quien un destino... Dios... éste es el mío. (*Se precipita.*)

IX. EL LLANTO DE ÍO

MINOS: (*Acaricia tiernamente los restos destrozados de las alas de ÍCARO.*) Sus sueños se quemaron como alas de papel. Tus sueños, mis sueños, tristemente convertidos en cenizas; asfixiando, petrificando el alma.

ÍO: ¿A dónde ir?, ¿dónde buscar ahora al Fénix, promesa de un nuevo amanecer?, ¿no es así que renace, alimentado de lágrimas e incienso?, ¿no bastan mis lágrimas: agua y sal para animarlo?, ¿no basta la humareda de la alta ciudad como incienso?, ¿a dónde ir?, ¿qué hacer?, ¿qué falta?

MINOS: Bajé al infierno y estoy de nuevo en él. La ciudad es otro laberinto. Arriba y abajo es lo mismo: vicio, corrupción, miseria, caos, ¿no están viendo?, ¡destápanse los ojos!, ¡miren!...

ECOS: —¡Alguien que ayude!

—La calle se quedó quieta, silenciosa.

—Y miles de vidrios rotos, puntiagudos, brillantes, se esparcieron como confeti por la calle.

MINOS: ¡No tiene que ser así, no puede ser así! (*Baja por la escalerilla.*)



_____ X. EL HILO DE HÉCATE _____

En la encrucijada. HÉCATE, luego MINOS.

HÉCATE: ¿Te vas?, ¿tan pronto?, si ni siquiera me has ayudado a deshacer el nudo.

MINOS: Ya lo hice.

HÉCATE: Pero eso fue hace siglos, éste es otro.

MINOS: No me interesa, córtelo si quiere.

HÉCATE: ¿Eso quieres?, ¿de verdad?

MINOS: Por mí...

HÉCATE: *(Le ofrece la tijera.)* Córtalo tú.

MINOS: *(Toma la tijera y corta el hilo.)* ¡Ya está!

HÉCATE: *(Se deshace en gritos de dolor. Los niños lloran, se pelean, se pierden por entre los túneles.)* ¡A mí, que me cortan!, ¡a mí, que me desgarran!, ¡que me matan!

MINOS: Usted lo quiso, ¿no?, ¡ahora se aguanta! *(Sube por la escalerilla.)*

VOZ DE ÍO: ¡Detente, es una trampa!, ¡baja de ahí!

ECO: Es la última vez que te lo digo, ¡regrésate!

MINOS titubea, regresa y corta un tramo del tejido de HÉCATE, lo enrolla y vuelve a subir. Una luz brillantísima se perfila por el hueco de la alcanatarilla seguida de un ruido estruendoso. MINOS llega hasta la superficie.

_____ XI. ÍO, FURIOSA _____

La ciudad está en llamas. ÍCARO, con sus alas de papel, en lo alto de un edificio. ÍO lo observa desde la acera. Luego MINOS.

ÍO: ¡Baja, te digo!, ésas no son alas de verdad, son de papel, se rompen. *(Despedaza los periódicos.)* Mira, no sirven, no puedes volar.

MINOS: Pero tú sí, ÍO. Baila y agita tus pies alados, siempre has podido llegar hasta él. Canta, canta para que el dolor se vaya. Ayúdanos, ÍO. Hemos cortado los hilos. Mira *(le muestra el trozo de madeja).*



ÍCARO: *(Mientras se calza las alas.)* La ciudad se muere; se nos cae a pedazos, ladrillo a ladrillo. Los niños no salen a las calles. Ya no se oyen sus cantos y sus juegos; se fueron al vertedero con la lluvia. Ya nadie duerme. El pacífico sueño se esfumó y dio paso al miedo, a la angustia, a la pesadilla, ¿dónde se agazapan los ladrones?, ¿dónde se esconden los asesinos?, ¿dónde se ocultan los sicarios?, ¡habría que romperles el alma!

ÍO: ¡No me dejes!

ÍCARO: ¡Yo soy Ícaro, he venido a conocer el otro reino, el de las sombras, el de los muertos!, ¿quién viene conmigo?, ¿quién se atreve?...

MINOS: *(Que ha llegado hasta la azotea.)* No tiene por qué ser así. ¡No lo hagas, Ícaro!

ÍCARO: A cada quien un destino... Dios... éste es el mío. *(Se precipita al tiempo que MINOS lo sujeta del brazo, pero ÍCARO lo arrastra en su caída.)*

ÍO: *(Multiplicada.)* ¡NO! ¡DETENTE! ¡PARA! ¡PARA! ¡PARA!

La ciudad se paraliza. El fuego se extingue. Todo es oscuridad y silencio. ÍO es como una estrella refulgente. Su magnífica luz ilumina la noche. ÍCARO y MINOS en la acera la observan. ÍO asciende, hace giros en el aire, los ecos ríen y sus voces se multiplican; luego se pierde en las alturas. Amanece.

———— XII. EL ENCUENTRO ————

MINOS e ÍCARO sentados en la acera.

MINOS: Corté el hilo, hermano. No hay destino escrito, no hay designios. ¡Los superhéroes no existen, son un fraude!, ¡cuentos para adormecer, mitos legendarios para impresionar!

ÍCARO: ¡ÍO está furiosa!

MINOS: Sí que lo está. ¿Cuánto tardará en volver?

ÍCARO: No sé. Unos miles de años, quizás.

MINOS: Qué susto me diste. Creí que moríamos.



ÍCARO: Siempre te han dado miedo las alturas. ¿Cómo fue que subiste a la azotea?

MINOS: Ni sé. En un momento estaba aquí abajo y en el otro, me vi allá arriba.

ÍCARO: ¿Te teletransportaste?

MINOS: ¿Cómo crees?

ÍCARO: ¡Claro que sí!, ¡tienes poderes!, ¡eres un superhéroe!

MINOS: Tengo sueño. Necesito dormir. Mañana hay escuela.

ÍCARO: Sí, ya casi amanece. Pero antes... (*Tapa la alcantarilla.*)

MINOS: Así está mejor, no vaya a caer alguien más.

Caminan por la calle y se pierden poco a poco en la distancia. En un momento parece que se funden. Sólo es uno.

ECOS: —¿La ves, la sientes, la intuyes?

—¿Qué?

—¡La noche!

Oscuro.



